



ARTÍCULO | ARTIGO

Fermentario N. 12, Vol. 1 (2018)

ISSN 1688 6151

Instituto de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,

Universidad de la República. www.fhuce.edu.uy

Faculdade de Educação, UNICAMP. www.fe.unicamp.br

¿Necesitamos la alta teoría?

Gabriel Delacoste¹

Resumen

La teoría política vive una situación incómoda en la academia. Por más que suele ser cultivada en departamentos de ciencia política, no es la teoría *de* la ciencia política, incluso hay quienes dicen que es una plataforma para un pensamiento político influido por las humanidades. En tiempos de profesionalización y neoliberalización de la academia, la teoría deviene una *alta teoría* en espejo de la ciencia y compite en sus términos, con sus revistas arbitradas, su lenguaje técnico, su producción para microcomunidades globales. Esta tendencia, a su vez, puede alentar a una radicalización de la condición periférica de la intelectualidad latinoamericana. Una posible definición que podría ayudar a salir de este laberinto sería que la teoría política es no tanto una teoría que habla de la política, sino una teoría *que es ella misma* política, con un pensamiento orientado a la praxis.

Palabras claves: teoría política, estudios latinoamericanos, teoría de la praxis.

¹ Licenciado en ciencia política y estudiante de estudios latinoamericanos en la Universidad de la República, de la cual fue docente entre 2011 y 2017. Allí trabajó en la revista "Crítica contemporánea", proyectos de investigación sobre temas de teoría política, historia y crítica cultural, y como docente ayudante de teoría política. Además, escribe en el periódico la diaria y el semanario Brecha. Forma parte del colectivo Entre.
Email: gabrieldelacosteg@gmail.com

Abstract

Political Theory is in an awkward situation in academia. Even though it is cultivated in Political Science departments, it does not entirely function as a theory for that discipline, while some say that it is a platform for a political thought that is influenced by the Humanities. In times of profesionalization and neoliberalization of academia, Theory becomes a Hight Theory the mirrors science and competes in its terms, with peer-reviewed journals, technical language and global micro-communities. This tendency can radicalize Latin American intellectuals' peripheral position. A possible definition that could help to get out of this problem could be that Political Theory is not a theory on politics, but a theory that is itself political, that is oriented toward praxis.

Keywords: Political Theory, Latin American Studies, Theory of Praxis.

1. Un lugar de enunciación para pensar el lugar de enunciación

La consigna del encuentro de este año de Giros Teóricos, “el lugar de enunciación de la teoría”, es una buena oportunidad para la introspección, para pensar que es, que hace y que se puede hacer con la disciplina en la que trabajamos.

Me siento autorizado, entonces, a la primera persona para explicitar desde donde pienso, para plantear no el lugar de enunciación de la teoría política en abstracto, sino desde los lugares de enunciación concretos que se encuentran disponibles o son imaginables desde este punto de observación.

Como académico principiante, trabajé algunos años como ayudante en un curso de teoría política moderna, con un contrato precario, mientras cursaba una maestría en estudios latinoamericanos en el país donde vivo, Uruguay, es decir fuera de los circuitos de la punta de la disciplina. Mi trabajo de enseñanza e investigación ocurre en un departamento de ciencia política mayormente liberal y progresista (el Departamento de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República), que reconoce a la teoría política como subdisciplina su especificidad e incluso su propia publicación arbitrada, *Crítica Contemporánea*, en la que trabajé por algunos años desde su fundación. A su vez, mi experiencia en la militancia de izquierda, el periodismo, la gestión universitaria y los ocasionales trabajos para fundaciones internacionales me hace estar en contacto con espacios de pensamiento político ajenos a la teoría política como disciplina y a la universidad como institución.

Así mi lugar de enunciación no es el de un investigador sobre el campo de la teoría política, que domina la meta-literatura sobre el estado de la subdisciplina, sino el de alguien que, estando adentro pero cerca de la frontera, mira con atención e intenta ver dinámicas y tendencias desde un lugar de relativo extrañamiento. Así, voy a hablar de la disciplina tal como se ve desde donde estoy, entendiendo que es una perspectiva sesgada, mostrando un lugar de enunciación concreto para aportar a la discusión sobre el lugar de enunciación de la teoría.

2. La situación de la Teoría Política en la academia

La teoría política no es ajena a las tendencias generales de la universidad occidental, latinoamericana y uruguaya. Existe un crecimiento de la investigación académica como profesión (o lo que es lo mismo, una profesionalización de la investigación), lo que en Uruguay se da gracias a los aumentos presupuestales, los estímulos institucionales a la investigación (justificados como adaptación a la “sociedad

del conocimiento”), la mayor variedad de los posgrados y las posibilidades de circulación de conocimientos y personas que permite la globalización neoliberal.

Este proceso está relacionado pero no es idéntico al de la neoliberalización de la universidad, que opera de diferentes maneras. Una de ellas es la relacionada a el traspaso a los docentes de tareas administrativas, en un contexto de “reforma del estado” en la que el control se hace cada vez más presente en los lugares de trabajo en general, y en los estatales y de educación en particular. En lo específicamente académico, los imperativos de cuantificación, evaluación y ranqueo impuestos por los modelos neoliberales de gestión pública exigen la creación de formas de evaluación que permitan pensar la docencia y la investigación en términos de productividad y eficiencia, que al ser homologados a la excelencia intelectual por las instituciones neoliberales permiten acusar a quienes resisten a las formas neoliberales de producción de ser ineptos y perezosos, y ya no disidentes.

El principal (pero no único) mecanismo de evaluación y ranqueo es la publicación de artículos evaluados por pares. A pesar de que hay una gran riqueza y un profundo sentido epistemológico y político en la idea y la práctica de la evaluación por pares, la forma concreta como se da hace que funcione como una alquimia que transforma lo cualitativo en cuantitativo (cantidad de publicaciones, publicaciones por año, ranking de publicaciones, índices de impacto, etc.) para poder juzgar de manera uniforme a investigadores de diferentes disciplinas y corrientes, que en un contexto de especialización se hacen inconmensurables para una lógica polémica o dialógica. Esto hace que a pesar de que exista intercambio intelectual al interior del proceso de evaluación, este intercambio no es un fin en si mismo, sino un medio para el *gatekeeping* que asigna o no puntajes que permitan al académico que se somete a evaluación competir con otros. Así, la razón polémica, dialógica o dialéctica, retrocede frente a una razón neoliberal que opera bajo un supuesto de neutralidad sobre el contenido sustantivo, en el que en lo que define en última instancia es la capacidad de venderse a un mercado llamado “comunidad intelectual”, y a nichos microcomunitarios.

Así, la neoliberalización opera en favor de la especialización, ya que pensamientos que, por generalistas, mestizos o excéntricos, disloquen las lógicas de las microcomunidades académicas van a tener dificultades en estas competencias. Esto incluye, por supuesto, a las microcomuniades heterodoxas, que muchas veces más que hacer apuestas al riesgo, defienden formas específicas de heterodoxia (es decir, pequeñas ortodoxias), para afianzar nichos (pensemos, por ejemplo, en las disputas entre subalternistas, posthegemonistas y decolonialistas en el latinoamericanismo de las

universidades de Estados Unidos). Así, la precondition para hablar en contextos académicos es “estar al día” con el “estado del arte”, al cual se accede a través de una serie de rituales y finas calibraciones de a quienes se cita, a que modas se adhiere y que interpretaciones de que conceptos se despliegan, siendo una de las principales funciones de árbitros y publicaciones el disciplinar a los evaluados en los marcos de la microcomunidad. De esta manera se agudiza la inconmensurabilidad que alimenta la neoliberalización, creando nichos de mercado al interior del mercado académico más amplio.

Estas tendencias tienen una forma de retroalimentarse y de usar la fuerza de otras lógicas más nobles del mundo universitario (la búsqueda de la excelencia, el afán de estar en la vanguardia de las discusiones y tener en cuenta lo que otros discuten, el sometimiento al examen de otros) en favor de su reproducción, al igual que el capital logra vampirizar al trabajo, usando la fuerza de éste para reproducir su dominación.

Estas son consideraciones generales que no tienen en cuenta las numerosas contralógicas, resistencias y peculiaridades de espacios no subordinados a la neoliberalización, pero creo que es razonable postular que existe una tendencia según la cual cada vez más la investigación en el ámbito universitario se encuentra organizada de manera neoliberal.

Pero intentando ir más allá de lo general, podemos pensar en como las peculiaridades de la teoría se relacionan con esta tendencia. A pesar de su fama de generalismo e improvisación, la teoría en la academia es especialmente vulnerable a los riesgos de la hiperespecialización y el autocentramiento microcomunitario, al no tener una metodología definida ni contrapartes evidentes en el mundo social (sean empresariales, políticos, movimientos sociales, burocracias).

Esto, si bien puede ser pensado como una ventaja ya que permite grados de autonomía, puede aumentar el riesgo de endogamia al ser la microcomunidad el único juez de la validez de los textos y los investigadores. Porque el problema de la autonomía nunca es binario: el tema no es si se goza de autonomía o no, sino *con respecto a quien* se es autónomo y de quien se depende. Y no necesariamente ser autónomos de lo social pero dependientes de nichos de mercado académico en los que las autoridades, las modas y las lealtades tienen un peso definitorio implica un estímulo a una mayor creatividad, calidad o libertad intelectual sustantiva.

Otra forma de pensar en esto podría preguntarse hasta que punto los criterios de validación de la ciencia sirven para la teoría y la filosofía, en las que los manifiestos, las sentencias, los aforismos y las especulaciones son parte de la naturaleza de la

producción intelectual. No debería ser algo terrible que existieran revistas de filosofía o teoría abiertas a publicar cosas cuyos editores no entienden del todo, a tomar riesgos que generen polémicas públicas, excentricidades, textos que entren en terrenos poco explorados y propongan rumbos ambiciosos (¿sería *Acéphale*, la preciosa revista dirigida por Georges Bataille, reconocida como una publicación “de calidad” hoy? ¿valdría algo para algún ranking ser publicado allí?). El problema es que las publicaciones académicas no son principalmente publicaciones hechas para ser leídas y discutidas, sino que cumplen una función administrativa de *gatekeeping*, y por lo tanto no pueden tomar esos riesgos, y pueden ser penalizadas con el ridículo y el desprestigio si lo hacen. Así, la teoría, como disciplina académica, termina por asumir la postura positivista de que el problema es la falta de rigor en la evaluación, asumiendo también la subordinación de la excelencia a la lógica neoliberal, de una forma que imita al pensamiento de la *reforma del estado*.

El problema es que el diagnóstico positivista es asumido sin asumir al positivismo, generando una contradicción entre un sistema que presupone criterios universales y objetivos de validación del conocimiento y un emprendimiento teórico que valora la trasgresión de las normas disciplinares, el lenguaje poético y el riesgo intelectual. ¿Es posible un contenido crítico en el marco de formas neoliberales? Seguramente sí, ya que siempre existen formas de filtrar lo inesperado, subvertir los mandatos y trasladar prestigios. Pero también tenemos que entender como esta lógica a menudo termina retroalimentando la lógica microcomunitaria: ante la ausencia de un criterio unificado, el hermetismo y las marcas tribales de las microcomunidades se hacen fundamentales para que sea posible el *gatekeeping*.

La autoridad se hace así muy importante, ya que los nombres de los grandes autores son marcas comunitarias fundamentales: las citas a autores como Negri, Derrida o Mignolo, más que servir para ilustrar un argumento, sirven para identificar a quien cita como parte de una microcomunidad. Surge así una “alta teoría” llena de lenguaje técnico, apelaciones a la autoridad y autoreferencialidad, en la que la sofisticación y el estar en el estado del arte se hacen los imperativos fundamentales.

La teoría política, en particular, al ser una subdisciplina de la ciencia política, tiene una relación incómoda con los criterios de validación de su disciplina madre, especialmente porque la relación entre ciencia y teoría política no es exactamente análoga a la de otras disciplinas: la teoría política no es únicamente la teoría de la ciencia política en el sentido que la teoría económica es la teoría de la ciencia económica o la física teórica es la teoría de la física. Es decir, la teoría política no necesariamente

produce teoría *para* la ciencia política, a pesar de estar subordinada jerárquicamente a departamentos de ciencia política, y sus políticas de contratación, ascensos y estímulos. Wendy Brown (2011) señala que la teoría política tiene como función servir como puente entre la ciencia política y las humanidades, lo que hace más complejo el problema de los criterios de validación. Especialmente porque a través de este puente pasan corrientes como el feminismo, la deconstrucción, la genealogía, la dialéctica, el psicoanálisis, la teoría crítica, el posestructuralismo, en fin, lo que usualmente se llama “teoría continental” o posmodernismo, junto a la filosofía latinoamericana, el decolonialismo y otros pensamiento no occidentales.

A pesar de que en muchos espacios la teoría política efectivamente cumple esta función, muchos de los grandes teóricos políticos críticos del norte en la actualidad no están inscritos en la teoría política como subdisciplina. En particular, los departamentos de literatura, estudios culturales y de idiomas albergan a autores como Judith Butler, Michael Hardt, Bruno Bosteels, Jon Beasley-Murray, Walter D. Mignolo y Slavoj Žižek. No es del todo sorprendente que en tiempos de giro lingüístico la literatura sea un espacio productivo de producción teórica, pero este hecho quizás habla del problema de que la teoría política se encuentre bajo la autoridad de la ciencia política, disciplina en la que históricamente han predominado el liberalismo y el conservadurismo en lo político y diferentes formas de positivismo en lo epistemológico, y en la que se juega quién produce conocimiento legítimo sobre la política, por lo que existe una presión política para desplazar al pensamiento crítico, que se refugia en otras disciplinas. Esto tiene la extraña consecuencia de que, por lo menos a nivel de élite, una parte importante de la teoría política no se produce en su lugar asignado, sino en las partes politizadas de otras disciplinas.

En los departamentos de ciencia política, mientras tanto, existe también una teoría política que se encuentra dentro de los límites de lo conservador, lo liberal y lo analítico. Esta teoría cumple algunas funciones importantes para la ciencia política: en primer lugar, se ocupa de los problemas “normativos” (quedando los “empíricos” en el terreno de la ciencia política, siguiendo la separación maquiaveliana entre política y moral); en segundo lugar, da algunas discusiones epistemológicas relevantes para la ciencia política convencional y cultiva las discusiones al interior de la tradición liberal; y en tercer lugar preserva el legado del venerable canon de los grandes pensadores políticos.

En la licenciatura en la que trabajo, por ejemplo, los cursos de teoría política están organizados por autores y no por temas, y estos autores, en el orden que son dados en tres asignaturas, son: Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Hobbes, Locke, Rousseau (hasta

aquí teoría política I), Montesquieu, Hume, Kant, Hegel, Marx, Spinoza, Nietzsche, Mill, Tocqueville, los federalistas (de teoría política II, la cátedra de la que formé parte), Schumpeter, Weber, Dahl, Arendt, Rawls y Habermas (estos últimos de teoría política III). El pensamiento de las civilizaciones anteriores a Grecia, el cristianismo, el pensamiento islámico, la reforma, el utopismo, el pensamiento latinoamericano, el romanticismo, los marxismos del siglo XX, el anarquismo, el pensamiento anticolonial y poscolonial (y de hecho, todo el pensamiento producido fuera de Europa y la costa atlántica de Estados Unidos), el posestructuralismo y el feminismo quedan así afuera (a pesar de ser centrales en las discusiones más amplias de teoría política), mientras los problemas de la tiranía de la mayoría, el contrato social y el procedimentalismo se repiten una y otra vez.

Estos cursos de teoría política, así, cumplen un rol ideológico, ya que en lugar de enseñar a *hacer* teoría política, incorporan a los futuros politólogos en una historia larga, que es la del liberalismo y el conservadurismo, y de la democracia entendida en ese marco, con ocasionales críticos que no dejan descendencia. Digamos entonces que dentro de la (*alta*) teoría política existen una *teoría politológica*, que cumple estas funciones para la ciencia política convencional, y una *teoría politizada* dentro y fuera de los departamentos de ciencia política, que estudia todo tipo de fenómenos desde una perspectiva política.

Necesitamos, entonces, dar una discusión teórica sobre estos problemas de la teoría, es decir, una teoría que pueda usar las herramientas intelectuales de las que dispone para interrogar y transformar sus propias condiciones de producción.

Estas condiciones, por supuesto, no son neutrales para el tipo de conocimiento que crea la teoría política, y los problemas que se le presentan a esta (¿sub?)disciplina como emprendimiento político e intelectual. Trataré dos de estos problemas: el de la colonia y el de la praxis.

3. Élités nacionales y élités globales

Si especuláramos para explicitar las jerarquías de la geopolítica de la teoría política, podríamos decir algo así:

En lo más alto se encuentra Estados Unidos (junto a Canadá y Gran Bretaña), donde se produce teoría *universal*. Allí se encuentra el centro de la teoría politológica, de las discusiones del liberalismo, el pensamiento normativo y las grandes eminencias sobre el canon. En el campo de la teoría politizada, Estados Unidos ocupa también un lugar central: allí se encuentran muchos de los grandes teóricos críticos, e incluso para quienes no están allí, la legitimación por parte de los grandes departamentos, revistas y editoriales

(como Verso o Semiotext (e)) angloparlantes es fundamental para su circulación *global*.

El diálogo entre el pensamiento subalternista indio y el decolonial latinoamericano, por ejemplo, se da principalmente en los circuitos universitarios norteamericanos. Las universidades estadounidenses son un gran espacio de circulación teórica sur-sur, aunque mediado y sesgado por los debates y las formas de producción norteamericanas. Así existe un segundo lugar en la jerarquía, que son los departamentos de *area studies* de las universidades estadounidenses, que producen teoría sobre y para el sur, reclutando intelectuales de esos países y dando discusiones que luego impactan allí, creando comunidades internacionales centradas en Estados Unidos. Estas comunidades ocasionalmente logran interpelar a la alta teoría “universal” (sea politológica o politizada), pero la mayor parte del tiempo producen pensamiento “situado”. Para América Latina, existe el campo de los “estudios latinoamericanos”. Estas redes, en particular cuando producen pensamiento crítico, suelen tener una condición geopolítica llena de ironías y ambigüedades: a menudo intelectuales subalternistas, poshegemonistas o decoloniales critican al colonialismo interno de las élites nacionales latinoamericanas desde la potencia imperial que esas élites resisten en nombre de lo subalterno.

Este “segundo lugar” de semi-periferia teórica lo ocupan también los países europeos, que gozan de prestigio en el campo del pensamiento crítico, y siguen produciendo teóricos capaces de ser interlocutores con los afincados en Estados Unidos. La teoría norteamericana importa teoría europea como materia prima para luego darle “valor agregado” y venderla al resto del mundo, y de hecho, lo europeo es visto como una señal de distinción por cierta intelectualidad aristocrática, frente a una teoría norteamericana más filistea. Es el caso especialmente con la teoría francesa y alemana, y en menor medida la italiana. El pensamiento europeo ocupa el lugar de un discurso que no es hegemónico, pero tampoco subalterno. Más bien, es el discurso desplazado de las ex-potencias, que mantiene cierto prestigio como ancestro y como pasado romántico añorado por quienes se lamentan, como Rodó hace cien años, del predominio de lo sajón sobre lo latino. Las circulaciones de pensamiento entre esta semi-periferia y América Latina tienen una fuerte dimensión colonial, que también es visible en la circulación de pensamiento radical español, italiano y francés en circuitos críticos latinoamericanos, donde “estar al día” con Bifo Berardi o Santiago López Petit es visto como una señal de prestigio.

Un tercer lugar en esa jerarquía lo ocuparían las redes regionales. Centradas en las grandes universidades mexicanas, chilenas, argentinas y brasileras, y en los centros intelectuales regionales como el FLACSO, el CLACSO y la CEPAL (más las revistas de

estas instituciones, u otras como Nueva Sociedad y las grandes editoriales como Siglo XXI y el Fondo de Cultura Económica), son capaces de crear circuitos por los que circulan intelectuales que a veces son legitimados desde el centro, pero no necesariamente producen para sus lógicas. En este circuito se encuentran algunos de los grandes intelectuales de la izquierda oficial de América Latina, como Emir Sader, Atilio Borón y Álvaro García Linera, y sirven de espacios de producción teórica para el progresismo y el populismo latinoamericano, y para el desarrollo de la filosofía latinoamericana.

En un cuarto lugar, se encuentran las tradiciones locales. Ocasionalmente de estas tradiciones sale algún intelectual que genera interés en alguno de los escalones superiores (René Zavaleta de Bolivia, Bolívar Echeverría de Ecuador, Angel Rama de Uruguay, León Rochitzner de Argentina) y son trasladados a una suerte de “canon latinoamericano”. Por debajo de ello, se encuentran las figuras condenadas a no trascender los cánones nacionales, y a representar formas de pensamiento perimidas.

Las historias del pensamiento uruguayo de Acosta (2010), Berisso y Bernardo (2011) y Tani (2012) destacan numerosos autores, corrientes y polémicas, de las que podría emerger un canon: José Pedro Varela, Pedro Figari, José Enrique Rodó, Carlos Vaz Ferreira, Arturo Ardao, Mario Sambarino y José Luis Rebellato se repiten en por lo menos dos de estos libros.

Ninguno de estos autores se estudia en los cursos de teoría política en la ciencia política (con la excepción ocasional de Vaz Ferreira, que algunos años se da junto con John Stuart Mill en Teoría Política II), ni son discutidos en la revista arbitrada de teoría política del departamento. A algunos de estos autores (y otros, como Carlos Real de Azúa, Juan Pablo Terra o Carlos Quijano) se les concede en la ciencia política el ser considerados pioneros de una proto ciencia social, pero todavía atrapados en una prehistoria ensayística. Así, la construcción del canon del pensamiento uruguayo es una tarea dejada a las humanidades, y en particular a la filosofía, de donde vienen los cuatro autores de estas historias.

Todos estos niveles funcionan como un gran mercado global estratificado verticalmente y dividido en nichos horizontalmente, en el que existe la “movilidad social ascendente”: Ernesto Laclau, por ejemplo, es un latinoamericano que logró discutir en la punta del centro al mismo tiempo que su teoría fue leída para la práctica política en América Latina.

Pero normalmente, el movimiento no es de conquista del centro por parte de la periferia, sino de disciplinamiento y cooptación de la periferia por parte del centro. Existen permanentemente intentos de “modernización” de los espacios inferiores por parte de los

superiores, a través de los cuales quienes son capaces de legitimarse en los espacios prestigiosos del centro operan para moldear a los espacios periféricos, y para señalar como atrasadas a las tradiciones locales. Cada nueva generación de intelectuales modernizadores (incluidos los posmodernos), en lugar de continuar con la trayectoria del pensamiento del país y discutir con ella, “importa” la moda del momento en el centro, en un eterno retorno según el cual las élites modernizadoras de hoy son las élites tradicionales del mañana. Y al revés: los intelectuales que hoy son vistos como atrasados, en su momento fueron los más cercanos a la punta, y denunciaban a las generaciones anteriores, excesivamente acriolladas.

Estas tradiciones locales son sostenidas por ocasionales intelectuales marginales o por discípulos directos de los maestros locales, que luchan por la supervivencia de sus legados. Estos esfuerzos, a menudo, más que lograr crear comunidades de discusión al interior de tradiciones que puedan discutir de igual a igual con lo global desde lo local, logran que los autores locales devengan objeto de estudio de los estudios latinoamericanos, o clásicos que pese a no ser leídos reciben el nombre de una calle o un monumento como homenaje.

Naturalmente, esto está relacionado con las condiciones de producción de la universidad neoliberal. Los intelectuales que circulan por las partes superiores de la jerarquía están mejor posicionados en los mercados intelectuales, y son capaces de movilizar el prestigio de las grandes autoridades globales en la materia. Esto genera un terreno de disputa en el que los modernizadores siempre van a tener ventaja sobre las tradiciones locales, configurando una lucha desigual entre las élites nacionales y las globales (en la que muchas veces se habla en nombre de lo popular y lo subalterno), y desplazando de la Universidad (y, en menor medida, del espacio público), a intelectuales que no producen según las lógicas de la universidad neoliberal y la división internacional del trabajo teórico. Pensadores como Sandino Núñez, Rafael Bayce o Ruben Tani, que trabajan desde magisterios orales, producciones ensayísticas o la eurudición teórica encuentran dificultades para insertarse y ser escuchados por los circuitos “de punta”. Es importante señalar que esto no necesariamente implica una menor calidad. De hecho, las mismas señas estilísticas que señalan como atrasado e irrelevante a un pensador de la periferia (especulación, lenguaje poético, etc.), suelen ser marcas de prestigio para los pensadores de punta en el centro. Debemos pensar, provincializando a Europa (Chakrabarty, 2008), si acaso lo “universal” es algo más que las tradiciones locales del norte, sumadas a su poder económico para hacer que el sur discuta sobre ellas. Existe una sutil división del trabajo que determina quien está autorizado a crear y pensar libremente, quien debe ceñirse

siempre a las fuentes y estar al día, y quien va a ser marginado. Pero más allá de que no necesariamente los autores legitimados son de mayor calidad, es importante admitir el abismo en las condiciones de trabajo en los diferentes espacios: los salarios y la protección del trabajo intelectual que existen en las cimas de la geopolítica de la teoría sencillamente no existen en los estamentos más bajos, y eso tiene un impacto sobre las formas y los resultados de lo que se produce en cada escalón.

Así el campo del pensamiento crítico uruguayo podría dividirse entre quienes “están al día” con las discusiones de la punta de los *area studies* del norte y son capaces de publicar y posicionar a sus discípulos en el centro por un lado; y por otro un vago mundo de tecnócratas progresistas afiliados a redes latinoamericanas, ensayistas, afrancesados y grandes maestros desplazados.

Por supuesto que existen contralógicas de esta jerarquía, y que los intentos de disputar los espacios altos a menudo abren nuevos caminos para los bajos. Pero es difícil negar que a nivel macro los mercados intelectuales suelen tener su centro y su periferia, y normalmente los centros están en el norte, y tienen capacidad de elegir interlocutores y discípulos, que después retroalimentan la división del trabajo, siendo más prestigiosos que los que no logran vínculos con algún espacio superior.

Así los intelectuales latinoamericanos suelen aspirar a ser trasculturadores (Rama, 1989) de las teorías del centro a las realidades locales, lo que tiene su costado bueno al combatir el parroquialismo y la quietud de los campos intelectuales chicos, pero al mismo tiempo, al intentar siempre superar el atraso, garantizan la continuidad de la situación colonial.

Al mismo tiempo, la lucha entre élites nacionales y élites globales por la hegemonía de lo popular suele centrar las energías de los académicos en estas disputas, reduciendo la posibilidad de subjetivaciones militantes de intelectuales realmente capaces de dialogar con lo popular. De hecho, el compromiso del intelectual con la lucha popular es interpretado por los modernizadores como “sesentismo” atrasado e incapaz de dar las discusiones “de hoy”.

La pregunta de cómo hacer alta teoría en América Latina, entonces, es extremadamente compleja.

4. Teoría (política) y práctica

Cambiando de registro, propongo una hipótesis arriesgada: la validación de la teoría política viene dada por su relevancia para la praxis. Es decir, la teoría política vale menos como teoría *sobre* la política que como teoría que es política. Podemos repasar el

canon para ilustrar este punto.

En el marxismo, hijo de la tesis XI, esto es claro: Marx fundando la internacional al mismo tiempo que escribía *El Capital*, Lenin haciendo la revolución, y Kautsky, Lukacs, Gramsci, Mao, Rosa Luxemburgo y Che Guevara ocupando puestos clave en sus partidos al mismo tiempo que escribían textos que hoy son clásicos. Es cierto que en las últimas décadas existe cada vez más el marxismo puramente académico, pero, por un lado, difícilmente un pensamiento pueda llamarse marxista si no busca una relación con la praxis, y por otro, la academización del marxismo es un buen índice de su derrota política.

En otras tradiciones, podemos ver a autores como John Stuart Mill, Alexis de Tocqueville, los federalistas, Edmund Burke, Carl Schmitt o Mijail Bakunin directamente involucrados con los problemas políticos de su época y lugar, e incluso tomando cargos o recibiendo encargos de los sistemas políticos del momento, o rebelándose contra estos. Toda la tradición cristiana, por cierto, está íntimamente relacionada con la práctica, mientras la filosofía griega antigua es inseparable de una forma de vida filosófica, como lo son las filosofías de Nietzsche y Foucault.

Los grandes intelectuales del canon uruguayo también hicieron teoría pensando en la participación política: es imposible pensar en Varela, Rodó, Vaz Ferreira, Paulina Luisi, Quijano o Real de Azúa sin pensar en sus compromisos políticos, ni en la capacidad del ensayismo para pensar directamente el presente y trabajar para la persuasión.

Al mismo tiempo, la decadencia de las centroizquierdas está dando relevancia a los debates intelectuales de la izquierda, llegando al centro de las discusiones de teoría política algunos intelectuales muy cercanos a movimientos sociales y emergentes políticos, especialmente en el mundo hispanico, como Raquel Gutiérrez o Raúl Zibechi.

Y, por supuesto, hay que destacar la asombrosa capacidad política de los intelectuales neoliberales para montar un colectivo de pensamiento (Mirowsky, 2013) que traspasa las fronteras de la academia y es capaz de crear teoría articuladamente en todos los niveles: de la epistemología a la ciencia económica a la teoría de la gestión a la ética personal. Y también la importancia de los desarrollos teóricos de las últimas décadas del feminismo, y de la existencia de estos debates en ámbitos universitarios y militantes para la reaparición del feminismo de masas en los últimos años.

Ya que los teóricos políticos somos preservadores del canon, tenemos que pensar como relacionarnos con él, y hacernos algunas preguntas, que la literatura se hizo hace treinta años. ¿Qué hace que algo llegue a canon? ¿Su calidad o su utilidad para la disputa política? ¿Qué implica ser “útil” y a qué llamamos “disputa política”? ¿Cómo le iría a “¿Qué es la ilustración?”, “el Manifiesto Comunista” o “Así habló Zaratustra” en un

arbitraje por pares? ¿Qué tanto nosotros podemos escribir como escribieron los clásicos? ¿A quiénes en la academia se les permite escribir así, y que criterio de autoridad se usa para definir eso? ¿Por qué una forma de escribir que en algunos es admirada en otros es despreciada?

A pesar de que, por supuesto que se pueden pensar numerosos contraejemplos, por lo que la hipótesis que propongo es cierta solo parcialmente, asumamos por el momento que llegamos a la conclusión de que muchos de los intelectuales que colectivamente señalamos como los mejores pensaron más para la política que para los requerimientos formales de la academia, ¿qué hacemos con eso?

Soren Kierkegaard, en su *Ejercitación del cristianismo* (2009), propone separar a los cristianos de los hipócritas a través de la diferencia entre los imitadores y los admiradores de Cristo. Un admirador alaba a Jesús como alguien extraordinario, que logró cosas que ninguna persona común podría proponerse. Un imitador, en cambio, entendería que Dios hizo que su hijo naciera en la clase baja de un pueblo colonizado para que se entendiera que su ejemplo lo podía seguir cualquiera, que Dios estaba aún en lo más bajo, y por lo tanto la obligación del cristiano es la imitación, seguir una vida cristiana. Como teóricos políticos, pecamos al ser admiradores que ven a los grandes pensadores politizados como personas especiales, que hicieron cosas que no podemos hacer o que ya no se pueden hacer, mientras nosotros tenemos que ser disciplinados y preocupados únicamente de los criterios académicos. No imitamos a aquellos que designamos como los mejores entre nosotros.

La teoría política está íntimamente relacionada con la creación de subjetividad política, incluyendo la subjetivación militante, vinculando así la alta teoría con la baja teoría. Como dice Marx: “la teoría se convierte en una fuerza material ni bien prende en las masas” (2004, p. 62), o como dice León Rozitchner “cuando los pueblos no luchan, la filosofía no piensa”, es decir, por un lado, un pensamiento que no busque mover a (y moverse con) grandes cantidades de gente, no será una fuerza material; y por otro, un pensamiento que no acompañe una lucha social no será fértil *como pensamiento*. El encierro de la alta teoría en ámbitos académicos de élite en los que rige una forma de vida neoliberal centrada en la competencia conspira directamente contra esta y otras formas de politización de la teoría. Así, la conquista de la especificidad de la teoría política como (sub)disciplina académica pone en riesgo a la especificidad de la teoría como actividad intelectual con su propia dignidad.

El problema planteado por la necesidad de pensar la relación entre la teoría política y la práctica no es sencillo. Implica cuestionar la excelencia abstracta y las formas de

producción que estimulan el aislamiento, la despolitización y la subjetividad neoliberal carrerista, y entender que la buena teoría política muchas veces nace “silvestre”, y de los márgenes del mundo intelectual, relativizando (aunque no negando) la importancia de la existencia de la teoría política en la academia.

Podemos proponer, sin embargo, tres complejidades al problema de la relación entre la teoría y la práctica que complican el problema así planteado.

En primer lugar, el pensamiento en niveles altos de abstracción puede servir para dar claridad a la construcción política, a través de caminos muchas veces impredecibles y azarosos, de la misma manera que la ciencia básica aparentemente inútil muchas veces termina encontrando aplicaciones tecnológicas. De alguna manera, esta sería una alta teoría necesaria aún bajo criterios políticos, que hace necesaria una defensa de la especificidad del pensamiento como tal.

En segundo lugar, la academia y producción de conocimiento son en algunos casos terrenos de disputa política centrales en las sociedades de control. No es indiferente quien domina en la ciencia económica, la ciencia política o la antropología para las políticas que se llevan adelante, por lo que quienes dan las peleas al interior de los campos intelectuales están dando peleas con repercusiones prácticamente inmediatas en lo social.

En tercer lugar, la teoría a menudo ejerce la imaginación, a través de una razón utópica, que si bien busca deliberadamente alejarse del mundo tal cual existe para pensar la política, justamente por hacer eso es capaz de desatar la potencia política del deseo, y debe cuidarse de volver demasiado rápido al mundo. La teoría tiene que poder imaginar sin culpa y sin que se le exija pensar inmediatamente para el hacer.

Entender estas complejidades, sin embargo, no puede ser una excusa para la justificación del abandono del problema de la práctica por parte de la teoría política, ni para justificar las formas de producción que alientan este abandono. La autonomía del pensamiento tampoco puede servir de justificación para esto, no solo porque la “autonomía” es en realidad la dependencia de los mercados académicos, sino también porque confundir la relevancia para la práctica con la subordinación a los poderes de turno es un error teórico profundo.

Este está lejos de ser un argumento antiintelectual. Al contrario, es un argumento sobre la importancia de lo intelectual para la política, y de la política para lo intelectual. Es un argumento sobre la mejora de la calidad del pensamiento cuando piensa sobre el mundo y con el mundo.

De hecho, esto podría ayudar a replantear el vínculo de la teoría con la ciencia, porque

una teoría que se sabe inserta en el mundo y además es capaz de incorporar los hallazgos de las investigaciones empíricas podría permitir una ciencia más científica y más honesta. La teoría política, en lugar de complementar o decorar a una ciencia política liberal y elitista, podría ser el germen de la ciencia política del futuro, recuperando el sentido en el que Gramsci (2012) hablaba de ciencia política.

Para que esto sea posible, es importante replantear la forma de producción, los criterios de legitimación, la construcción del canon y la relación de la teoría política con las disciplinas y con el mundo político, y reconocer la gravedad de una situación en la que la jaula de hierro de la academia neoliberal se va haciendo más chiquita. Somos más potentes de lo que las pasiones tristes del neoliberalismo (ansiedad, miedo, vergüenza, esperanza) nos hacen pensar, y para conectarnos con esta potencia, debemos recurrir al deseo.

5. Bibliografía

- Acosta, Y. (2010). **Pensamiento uruguayo**. Nordan comunidad. Montevideo.
- Berisso, L. Y Bernardo, H. (2011). **Introducción al pensamiento uruguayo**. Ediciones de la Cruz del Sur. Montevideo.
- Brown, W. (2011). **La teoría política no es un lujo: Una respuesta a “La teoría política como profesión” de Timothy Kaufman-Osborn**. En **Crítica Contemporánea**, 1. Departamento de Ciencia Política. Montevideo.
- Chakrabarty, D. (2000). **Provincializing Europe**. Princeton University Press. Princeton.
- Dean, J. (2013). **Complexity as Capture: Neoliberalism and Communicative Capitalism**. Accesible en: https://www.youtube.com/watch?v=x_nklsNeaVo
- Gramsci, A. (2012). **Selections from the prison notebooks**. International Publishers. New York:
- Kierkegaard, S. (2009). **Ejercitación del cristianismo**. Trotta. Madrid.
- Marx, K. (2004). **Crítica de la filosofía del derecho de Hegel**. Ediciones del Signo. Buenos Aires.
- Mirosky, P. (2013). **Never Let a Serious Crisis go to Waste**. Verso. Nueva York.
- Rama, A. (1989). **Transculturación narrativa en América Latina**. FAR. Montevideo.
- Tani, R. (2011). **Pensamiento y Utopía en Uruguay**. HUM. Montevideo.